(III) CARTA DEL PAPA JUAN PABLO II SOBRE LUTERO AL CARDENAL WILLEBRANDS

«A mi Venerable Hermano Juan, Cardenal Willebrands, presidente del Secretariado para la unión de los Cristianos:

El 10 de noviembre de 1983 se conmemora el D Aniversario del nacimiento del Doctor Martín Lutero de Eisleben. En esta ocasión, numerosos cristianos, especialmente de confesión evangélico-luterana, recuedan aquel teólogo que, en los umbrales de la época moderna, contribuyó de modo sustancial al cambio radical de la realidad eclesial y social de Occidente. Nuestro mundo experimenta todavía hoy su gran impacto sobre la Historia.

Para la Iglesia católica, el nombre de Martín Lutero está ligado, a través de los siglos, al recuerdo de un período doloroso y, particularmente, a la experiencia del origen de profundas divisiones eclesiales. Por esta razón, el D Aniversario del nacimiento de Martín Lutero debe ser para nosotros motivo de meditación, en la caridad y en la verdad cristiana, sobre aquel acontecimiento cargado de historia que fue la época de la Reforma. Porque el tiempo, distanciándonos de los acontecimientos históricos, hace que éstos puedan ser mejor comprendidos y evocados.

Conocidas personalidades e instituciones de la cristiandad luterana han indicado la oportunidad de que el año dedicado a Lutero esté conformado por un genuino espíritu ecuménico y que la discusión sobre Lutero contribuya a la unidad de los cristianos. Acojo con satisfacción esta intención y le transmito una invitación fraterna para llegar, juntos, a una profunda y más completa visión de los acontecimientos históricos y a una reflexión crítica sobre la variada herencia de Lutero.

De hecho, las investigaciones científicas de estudiosos evangélicos y católicos, investigaciones cuyos resultados han alcanzado ya notables puntos de convergencia, han conducido a perfilar un cuadro más completo y más diferenciado de la personalidad de Lutero y de la compleja trama de la realidad histórica, social, política y

Universidad Pontificia de Salamanca

eclesiástica de la primera mitad del siglo XVI. Como consecuencia, se ha delineado la profunda religiosidad de Lutero, que, con ardiente pasión era empujado por el interrogante sobre la salvación eterna. Igualmente ha resultado claro que la ruptura de la unidad eclesial no se puede reducir ni a la escasa falta de comprensión por parte de las autoridades de la Iglesia católica, ni solamente por la escasa comprensión del verdadero catolicismo por parte de Lutero, aunque ambas cosas jugaron su papel.

Las decisiones que se tomaron tenían raíces mucho más profunda. En la disputa sobre las relaciones entre fe y tradición entraban en juego cuestiones de fondo sobre la interpretación y sobre la recepción de la fe cristiana, las cuales tenían en sí un tal potencial de división eclesial no explicable únicamente por razones históricas.

Por tanto, es necesario un doble esfuerzo tanto en relación con Martín Luteo como en la búsqueda del restablecimiento de la unidad. En primer lugar, es importante continuar un cuidadoso trabajo histórico. Se trata de llegar, por medio de una investigación sin prejuicios, movida sólo por la búsqueda de la verdad, a una imagen justa del reformador, de toda la época de la Reforma y de las personas que estuvieron implicadas. La culpa, donde se encuentre, debe ser reconocida en cualquier parte en la que esté. Allí en donde la polémica ofuscó la mirada, la dirección de esa mirada debe ser corregida independientemente de una o de otra parte. Además, no debemos dejarnos guiar por el deseo de erigirnos en jueces de la Historia, sino únicamente por el de comprender mejor los acontecimientos y ser portadores de verdad. Sólo poniéndonos sin reserva en una actitud de purificación a través de la verdad podemos encontrar una común interpretación del pasado y alcanzar al mismo tiempo un punto de partida para el diálogo de hoy.

Y es ésta precisamente la segunda cosa que se impone. La clarificación de la Historia, que mira al pasado en su significado que aún perdura, debe andar a la par con el diálogo de la fe que en el presente abordamos para buscar la unidad. Este diálogo encuentra su base sólida, según los escritos confesionales evangélico-luteranos, en lo que nos une incluso después de la separación, es decir, en la Palabra de la Escritura, en las confesiones de fe, en los Concilios de la antigua Iglesia. Confío, por tanto, Señor Cardenal, que sobre estas bases y en este espíritu el Secretariado para la Unidad, bajo su dirección, lleve adelante este diálogo iniciado con gran seriedad en Alemania ya antes del II Concilio Vaticano. Y que lo haga con fidelidad a la fe gratuita, la cual comporta penitencia y disponibilidad a aprender escuchando.

En la contemplación humilde del misterio de la Divina Providencia y en la escucha devota de lo que el Espíritu de Dios nos enseña hoy recordando los acontecimientos de la época de la Reforma, la Iglesia

Universidad Pontificia de Salamanca

tiende a dilatar los confines de su amor para buscar la unidad de todos los que, por el bautismo, llevan el nombre de Jesucristo. Acompaño el trabajo de ese Secretariado y todos los esfuerzos ecuménicos de la gran causa de la unidad de todos los cristianos con mi particular oración y bendición».

JUAN PABLO, PP. II

Del Vaticano, a 31 de octubre de 1983.

Universidad Pontificia de Salamanca